

ÍNDICE

■ Introducción	08
Algunos consejos	12
La mejor época	13
■ Etapas	14
Etapa 1: Torla - San Nicolás de Bujaruelo	17
Etapa 2: San Nicolás de Bujaruelo - Refugio de Goriz	25
Etapa 3: Refugio de Goriz - Refugio de Pineta	34
Etapa 4: Refugio de Pineta - Parzán	44
Etapa 5: Parzán - Refugio de Biadós	55
Etapa 6: Refugio de Biadós - Refugio de Estós	65
Etapa 7: Refugio de Estós - Refugio de Ángel Orús	75
Etapa 8: Refugio de Ángel Orús - Refugio de Estós	83
Etapa 9: Refugio de Estós - Refugio de la Renclusa	91
Etapa 10: Refugio de la Renclusa - La Besurta	100
■ Guía práctica	109

LA TRAVESÍA EN CIFRAS

JORNADAS: 10.

CIMAS: 13 cumbres en total, 11 por encima de los 3.000 m. y otras 2 de poco más de 2.900 m.

DESNIVEL ASCENDENTE: 15.745 m.

DESNIVEL DESCENDENTE: 14.867 m.

DISTANCIA: 185 km.

TIEMPO: 72 h.



INTRODUCCIÓN

EL MUNDO VISTO DESDE ARRIBA

Son infinitas las ocasiones en las que cualquier montañero versa o escucha sobre las auténticas razones por las cuales ascender cumbres, encaramarse a lo más alto, arriesgar el pellejo en una arista vertical o tiritar en medio de una imprevista ventisca de punzantes gotas medio congeladas, pulverizar el cuerpo hasta el agotamiento y que nos terminen por doler hasta los ojos al pestañear.

Entre los incontables argumentos, tanto los expuestos por uno mismo como los presentados por voces ajenas, habremos observado que el abanico de opiniones se extiende desde los sesudos y espirituales “la montaña es vida” o “es una vuelta al origen explorador de los primeros humanos”, hasta los de carácter meramente deportivo ejercidos para engordar el ego con un “mira tú, he conseguido rebajar el horario oficial en dos horas”, pasando por los que hacen gala de una profunda socarronería despachándose con un “mira que somos tontos, subir para luego bajar”.

Si nos abstenemos de las opiniones personales y del personal, y recurrimos al papel impreso apilado en alguna biblioteca bien nutrida, hallaremos fundamentos imperialistas de aquellos en los que tal o cual bandera fue clavada

en la ansiada cima “para mayor gloria de”, encontraremos encomiables propósitos de orden científico para aplicar al campo de la medicina, y también toparemos con el actual despliegue de intereses meramente económicos que fomentan una ruta determinada para embolsarse el dinero de quienes se pueden costear el turismo de alta montaña, dando de comer desde los correspondientes guías hasta los promotores de determinada prenda de abrigo.

Dependiendo de en qué ambiente hayamos crecido y desarrollado nuestra afición por subir y bajar pirámides montañosas, nos aferraremos a una u otra de estas versiones, defendiéndola a capa y espada sin ahondar en ellas, sino, sencillamente, defenestrando el resto de motivaciones con una verborrea tal que para sí la quisiera un político en plena campaña electoral.

El que aquí suscribe estas líneas también tenía su propio código de impulsos por los cuales ascender montañas, perfectamente enumerados y ordenados por prioridades y fuerza de razones, listo y preparado para ser disparado a modo de metrallera en medio de una cena en un refugio y dejar boquiabierto al resto de comensales tras semejante despliegue de sabiduría montañera, apoyada además en unos cuantos años de experiencias.

Sin embargo, hace no mucho, tuve que hacer trizas mi particular testamento y tragarme los trocitos de éste de uno en uno. Hecho que, curiosamente, realicé sin la menor contradicción, más aún, digamos que muy a gusto. Quizá, porque tras desgastar innumerables suelas de botas deambulando cuesta arriba y barranco abajo, una personita me había dado la clave, y sin cobrarme un euro.

Todo se resumió de repente, tras siglos de complejas conquistas y epopeyas, a la sencillez absoluta, concentrada en la mirada brillante e ilusionada de una niña, que torciendo su frágil cuello hasta donde las vértebras se lo permitían, observaba una pequeña cumbre, nada trascendente, pero lo suficientemente alta como para dominar el valle en el que nos encontrábamos y separarnos del valle vecino emplazado al otro lado.

Un susurro que, procediendo de una voz infante, por supuesto, cerraba la frase con la correspondiente interrogante que a esa edad le colgamos a toda frase, planteando algo tan lógico y simple, que a su vez se respondía a sí mismo, como un “claro, desde allí arriba se ve todo, no?. Jo, qué bien. Ya me gustaría subir.” Sobra decir que tuve que tragar saliva, reprimir una lágrima, esbozar una sonrisa y confirmar rotundamente: “sí, por supuesto, por eso subimos montañas”.

Después de evitar la tentación de acudir al profesional del tatuaje más cercano y grabarme la frase en el tórax con tipografía celta o germánica, me puse encima de un mapa de la cordillera a la que más unido me siento, rotulé las tres cumbres más altas y dibujé un

posible enlace entre ellas. Después, hice la mochila y marché a su encuentro, con una idea muy básica: ver los Pirineos desde arriba.

El resultado es éste y compartirlo, con quien quiera aplicarse semejante máxima, es un placer infinito. Tan infinito como la sucesión de picos de la cordillera agolpados unos contra otros, emergiendo de los valles, convirtiéndose en atalayas pétreas desde las cuales otear el entorno más cercano del planeta en el que vivimos, el mismo que nos minimiza, advirtiéndonos de lo que somos, simples hormiguitas de efímero paso en un colosal universo cuyos límites no se divisan.

TRES CUMBRES Y UNA PROPUESTA CON VARIANTES

Las alternativas posibles a la hora de trazar el recorrido son muchas y, en este caso, hemos apostado por ir de menor a mayor, desde el Monte Perdido (3.355 m) hasta el Aneto (3.404 m), recalando a medio camino en Posets-Llardana (3.375 m). A su vez, en consideración con la filosofía expuesta anteriormente, hemos evitado diseñar una línea recta con la que apremiar el trayecto entre el punto de partida y el de llegada. De tal manera que nos desvíamos y hollamos otras cumbres secundarias en altitud, que no menos interesantes en lo concerniente al tipo de ascensión o al panorama por descubrir una vez en su cúspide.

Con ello obtenemos el premio visual de admirar los tres iconos principales

con anterioridad a encumbrarlos, una vez bajo nuestros pies y desde la distancia que concede dejarlos a la espalda en la progresión hacia oriente. Todo un lujo aderezado con la suma de esas otras cimas cuyos nombres suenan con fuerza en la mente del montañero y no quedarán relegadas al olvido. Como el Taillón (3.144 m), La Munia (3.133 m), los picos de Culfreda (3.034 m) y el Bachimala o Schrader (3.174 m).

Lógicamente, si no disponemos de las diez jornadas previstas para la realización de esta travesía, tendremos que acortar el itinerario, perdiéndonos alguna de las desviaciones previstas y corrigiendo la dirección. Por el contrario, contando con la decena de días necesarios, podremos disfrutar de los giros que acomete la travesía tal cual están diseñados, caminando, excepto en contadas incursiones en la vertiente norte o en los límites con ésta, por territorio aragonés en todo momento.

En el caso de querer introducir variaciones al trayecto presentado, es muy buena idea echar mano de otra travesía recientemente diseñada por este mismo autor (Gorka López, 2011) y publicada también por la editorial Sua edizioak: La

Alta Ruta Pirenaica. Una versión inédita de la histórica ARP-HRP que nos puede ayudar en varios tramos de este sector a buscar caminos alternativos.

TENER PRESENTE

El tipo de travesía que afrontamos se puede calificar de exigente, tanto por longitud como, sobre todo, por el desnivel ascendente que acumulamos en las piernas, el cual en algunas etapas ronda los dos mil metros. Además, portamos a la espalda una mochila con ropa, víveres básicos para alimentarse durante el día, enseres de otro tipo para la pernocta en refugio guardado (saco ligero y útiles de aseo), un pequeño botiquín, cremas solares y el piolet y los crampones, como materiales fundamentales.

Este peso que transportamos nos va a acompañar por pendientes verticales, aristas y crestas rocosas, los restos de los glaciares, inclinadas laderas con superficies cubiertas por descompuestas pedreras, así como alguna que otra tediosa pista ganadera. Con lo cual más nos vale aliviar en la medida de lo

posible su peso y evitar descompensaciones grandes entre nuestra fuerza y la carga portada.

Con lo descrito podemos imaginarnos para qué tipo de montañero está pensada la travesía, dado que si no estamos acostumbrados a trepas rocosas, a transitar por cortantes crestas, a salvar fuertes desniveles en una jornada y sin mayor descanso que una noche para repetir al día siguiente, a superar resbaladizos derrubios, a calzar crampones y apoyarse en un piolet o a caminar con semejante mochila sobre los hombros, será mejor habituarse primero a estas prácticas y después acometer esta pequeña aventura.

Dicho lo cual, también hay que remarcar que no todo son inconvenientes, ya que contamos con la ventaja de la pernocta en un refugio guardado, con su correspondiente cena, la opción de una ducha y un mullido colchón para descansar los maltrechos músculos. No es poco. Imaginarse esta misma travesía con tienda de campaña, hornillo e instrumental de cocina y el pertinente rancho enlatado, sobrecargando la ya de por sí pesada mochila, provoca una sensación que combina sudores y escalofríos.

Eso sí, hemos de valorar un tiempo antes de la partida que, los refugios en los cuales descansamos, están muy solicitados, precisamente por su ubicación bajo las grandes cimas, las más deseadas por los montañeros reincidentes de la cordillera y por aquellos neófitos de la misma. Por lo tanto, teniendo en cuenta que son diez jornadas y no treinta, que no tendríamos por qué variar en último momento el itinerario -por lo menos entre refugios, aunque igual sí de caminos entre estos-, y que las plazas son limitadas, habrá que apostar por unas fechas determinadas y realizar la consiguiente reserva con suficiente antelación, aún con el riesgo de que los condicionantes climáticos sean adversos en el momento de ir.

De otra manera y en temporada alta, o sea la estival y más adecuada para una travesía así, podemos acabar durmiendo debajo de un pino y cenando una mezcla de arbustos con la última lata de sardinas que nos quede. Una experiencia vital enriquecedora, pero que no nos hará ni pizca de gracia en caso de que ocurra y dará al traste con las positivas sensaciones por acumular durante el accidentado camino entre cumbres.



GORIZ > PINETA



La extensión oriental del Pirineo desde la cima de Monte Perdido.

ENCUENTRO CON EL MONTE PERDIDO

Siempre ha sido chocante el nombre que designa este pico, debido a que el concepto de “perdido” no tiene mucho sentido si valoramos que, a poco que subamos por cualquiera de sus estribaciones o desde cualquiera de las cumbres menores del entorno, se le ve perfectamente, distinguiéndose del resto por su mayor altura.

Bueno, el nombre de la montaña en cuestión es cosa procedente de la visión que desde la vertiente norte se tenía de la cumbre, “perdida” más allá de los picos franceses conocidos. Por tanto, Mont Perdu sedujo a los exploradores franceses de la cordillera, muy anticipados en tiempo y medios a los españoles, que la avistaban desde distintas cimas ya asaltadas en su territorio. Así nació la leyenda de la misteriosa cumbre, a la cuál nadie sabía acceder o por dónde coronar, y que se hallaba siempre rodeada de murallas de hielo.

De esta manera, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, el Monte Perdido era el techo de los Pirineos, el trono mayor. Por el contrario, qué cosas tiene la vida, desde la meridional vertiente aragonesa, la montaña no era más que la mayor de tres cimas cuya denominación correspondía con una vieja leyenda sobre tres hermanas petrificadas: las Tres Serols o Tres Sorores, formadas por el Cilindro, Perdido y pico Añisclo. Además, su ubicación y acceso eran más que evidentes.

La diferencia que supuso ver la cima desde una vertiente u otra es algo que vamos a poder comprobar in situ. Dado que subimos por un lado, el sur, y admiramos los lugares septentrionales de acceso pretendidos por los franceses, desde puntos como la brecha de Tucarroya, una puerta a un espacio que, si consideramos la magnitud del glaciar en aquellos tiempos, al ser contemplado derrotaba el espíritu de cualquiera que pretendiese coronar la Serola mayor trazando una vía directa.

Por tanto, en la jornada de hoy, nos alzamos sobre uno de los hitos pirenaicos, cumbre popular donde las haya, partiendo del animado refugio de Goriz con las primeras luces que concede el alba, andando tras una larga fila india de montañeros que se encaminan hacia el vértice geodésico enclavado en lo más alto de sus portentosas paredes a modo de peculiar romería.

Personalmente, si hay que comparar el Perdido con Posets o Aneto, en lo referido a belleza de los paisajes o estética de la montaña, me quedo con el primero sin lugar a dudas, al margen de que en lo referido a la altitud sea el ente menor. No sé, quizá tenga algo que ver con las épicas narraciones que me tragaba de pequeño en las rodillas de alguno de los barbudos compañeros de montaña de mi padre, los mismos que hablaban de una temible “escupidera” cubierta de nieve y por la cual subían como buenamente podían, ya que en aquellos tiempos lo de los crampones era privilegio de unos



El sector oriental (Punta de las Olas) del macizo del Perdido visto desde el collado de Añisclo.



pocos. Siendo habitual acabar con las uñas de los pies ensangrentadas, tras una prolongada sesión de patadas a la nieve con la finalidad de tallar escalones.

DESCANSO A ORILLAS DEL CINCA

Efectivamente, escogemos para el ascenso una de las vías más clásicas, la que discurre desde la base del Cilindro y el adjunto Pequeño Lago Helado hasta la salida bajo la cumbre del Perdido por la citada Escupidera, un nombre que hace honor a su carácter de auténtico tobogán helado cuando la nieve y el hielo la cubren totalmente, pero que se queda en vertical pendiente pedregosa de inestable firme cuando el manto blanco desaparece.

Probablemente, si somos asiduos a la cordillera, ya habremos ejecutado este

ascenso, con lo cual nos puede apetecer variar el mismo. Una buena opción para ello es desviarse a mitad de camino hacia el Pequeño Lago Helado, justo en la cota de los 2.500 metros de altitud, por el canal de la derecha que deriva junto al Pico de las Escaleras (3.027 m), desde el cual se procede a un ascenso por gradas pétreas que culmina ante un par de chimeneas de sencilla ejecución que posibilitan la entrada a la cima por una línea meridional directa. Cada cual a su gusto. Al igual que se puede descender por la Terraza Bellevue como proponemos o por la Punta de las Olas (3.002 m).

Una vez pisado el destronado rey pirenaico, con la retina trabajando a toda máquina para recordar semejante paisaje circundante y cuya belleza nunca será capaz de plasmar la ciencia fotográfica en toda su esencia, procedemos a un interminable descenso al valle de Pineta, otra joya pirenaica en la cual reposaremos a orillas de las frías aguas del río Cinca, que nace en el propio glaciar del Monte Perdido. El mismo que hace millones de años, tal cual observamos por la perfecta U que dibuja el valle visto desde las alturas, copaba la totalidad de éste.

La conclusión de la jornada, una vez reposamos en el refugio de Pineta en lo que miramos de reojo su grandioso circo, puede reducirse al encumbramiento del Mont Perdu, pero es difícil obviar los panoramas que nos ha brindado el amanecer sobre el cañón de Arazas, la salida de La Escupidera sobre el altiplano de Marboré, la visión de La Munia emergiendo por el norte o el cañón de Añisclo abierto entre montañas como un tajo. Imponente ramillete de escenas por esconder en lo más profundo de la sesera, para cuando llegue ese día en el que el cuerpo no nos permita estos lujos y subamos estas montañas con el recuerdo por compañía.



El cañón de Arazas en el valle de Ordesa a la sombra del amanecer entre el Pico Tobacor y la Faja de Pelay.

DATOS PRÁCTICOS

Inicio de etapa: Refugio de Goriz.
Final de etapa: Refugio de Ronatiza o Pineta.
Distancia: 13,7 km
Tiempo: 6 h 20 min
Desnivel subida: 1.220 m.
Desnivel bajada: 2.175 m.
Alojamiento: Refugio de Ronatiza o Pineta.
Mapa: Cuadernos pirenaicos nº 8. Ordesa, Gavarnie, Monte Perdido. Escala 1:35.000. Ed. Sua.

¿QUIÉN FUE EL PRIMERO?

Para bien o para mal, esto ya depende de quién lo considere, el mundo de las montañas, de todas las montañas del mundo, establece un nexo para la eternidad entre el nombre de la montaña y el de la primera persona que lo encumbró. Por lo menos la primera persona que, con luz y taquígrafos, pisó su parte más alta. Léase Hillary con el Everest, Balmat y Paccard con el Mont Blanc o Platon de Tchihatcheff y Albert de Franqueville con el Aneto.

El honor de haber sido el "primero", pasar a la Historia del montañismo como tal, que en algún lado tarde o temprano nos yergan una estatua con nuestro nombre y apellidos grabados en letras doradas, es un premio por muchos ansiado, tanto como tumbas ha cavado la codicia que este reto despierta en el interior del humano, que al parecer, según un prestigioso psicólogo, ve en este hecho una forma de inmortalizarse, de seguir vivo para las futuras generaciones.

De esta manera, como siempre ocurre en estos casos, el ingenio se agudiza y si no le recuerdan a uno por haber sido el primero, a sabiendas de que del segundo no se acuerda ni su familia, siempre se puede ser el primero en subirlo por una compleja arista no recorrida hasta entonces, el primero en hacerlo en invierno, el primero en subir solo, la primera mujer, el primero en subir con su perro o a la pata coja.

Que tiene mérito ser el primero es algo indiscutible, sobre todo si estamos en pleno siglo XIX y eres un aristócrata que no tiene nada mejor que hacer con su vida que subir montañas y explorar selvas en lo que el resto intenta sobrevi-

vir en un mundo plagado de guerras y desgracias varias destinadas principalmente a la plebe. Se podría decir incluso que tiene tanto mérito como arrogarse en el motor de la expedición, en el único que espoleó a sus miembros a salvar los distintos peligros y sin el cual nunca hubiese acontecido el hecho histórico, pasando por encima de los guías y porteadores, así como de sus propios compañeros de cordada, que si se despidan son confinados al olvido por la hábil pluma que relate la ascensión. Tal cual ocurre en infinidad de ocasiones, por no decir en casi todas, en las que el primero es el primero y el segundo nadie sabe quién.



Esta pequeña locura colectiva deriva en históricos cruces de acusaciones entre los miembros de una misma ascensión, sobre si el desenlace fue gracias o por culpa de tal o de cual, sobre si no sé quién le ayudó a bajar al mismo que no podía subir o si fue al revés etc. Por no citar los vergonzosos casos de aquellos que se atribuyen el ascenso habiéndose quedado extenuados debajo de la cima

pretendida, algo que más temprano que tarde se descubre aunque el supuesto autor lo niegue hasta el lecho de su muerte. Estas "cosillas", lejos de ser hechos del pasado las podemos contemplar en pleno siglo XXI.

No obstante, los conquistadores de montañas que nunca lo serán, debido a que el paso por éstas es efímero y aquí se alzaban antes de que ellos nacieran y allí seguirán cuando tan sólo sean polvo, puede que no sean tales, dado que no hay forma de comprobar si sus cimas tuvieron pretendientes anteriores.

Por ejemplo, Ramond de Carbonnières es el conquistador del Monte Perdido a costa de ocultar el ascenso previo de un pastor y un cura aragonés, por no decir que sus dos guías subieron un par de jornadas antes que él gracias a las indicaciones del citado pastor. La primera al Aneto se la llevan los citados Tchihatcheff y Franqueville, aunque la duda de si el cura y poeta catalán Jacint Verdaguer pisó la cima o se quedó a las puertas del Puente de Mahoma persiste.

Todo esto sin citar el chasco que se llevó Charles Packes pensando que era el primero en hollar Balaitous, hasta que se encontró con los restos de los enseres de un grupo de oficiales geodésicos franceses, entre cuyos humildes trabajadores estaban los famosos Peytier y Hossard, que habían pasado una semana acampados en su cumbre en medio de una tempestad, ni más ni menos que 37 años antes que Packes. Y así suma y sigue. Conclusión: subir montañas tiene lo suyo, es loable, pero incomparable con el valor de quien descubrió la penicilina o abolió la esclavitud en las Antillas. Por cierto, ¿cómo se llamaban éstos?

RUTÓMETRO ETAPA 3: GORIZ > PINETA

0.00 REFUGIO DE GORIZ (2.195 M)

Desde la puerta del refugio caminamos hasta el sendero que asciende por la ladera de la izquierda, tras las marcas de los cairns. Después de superar un tramo de giros y un paso de escalones rocosos, desembocamos en un prado.

0.20 PRADO (2.335 M)

Atravesamos la pequeña extensión verde, nos unimos a un sendero pedregoso y, a fuerza de una gran suma de intensos anclajes de las piernas al suelo, conseguimos ganar altura y superar la inclinada ladera para entrar en el caótico mundo rocoso extendido a los pies del Cilindro (3.325 m).

A nuestras espaldas queda la grandiosa y curvada hondonada del cañón del Arazas, comprimido entre las sierras de Custodia y las Cutas por un lado y por los ondulados picos de Tobacor por el otro. Así, con excelentes panoramas al frente y a la espalda, llegamos a un desdoblamiento de vías ascendentes, en la cual nos abstenemos de la variante de la derecha que discurre por el Pico de las Escaleras (3.027 m).

0.35 BIFURCACIÓN DE LAS ESCALERAS (2.500 M)

Continuamos la progresión ascendente por el sendero, traspasamos una laja de roca lisa dibujando una diagonal, que no puede calificarse de trepe dada su sencillez, para volver de



Panorama desde la Terraza Bellevue hacia el flanco del circo de Pineta estirado hacia La Munia (al fondo).

nuevo al sendero. Cruzamos un pequeño caos por el lugar señalado por los múltiples cairns, desembarcando en un llano pedregoso y yéndonos a las gradas escalonadas de la derecha. Afrontamos un suave ascenso por el pedregal y pisamos los primeros neveros estivales, para llegar hasta un punto por el que resbalan distintas hileras de agua entre las moles rocosas, en el cual se ha habilitado un paso de cadenas para evitar posibles resbalones.

1.25 PASO DE CADENAS (2.900 M)

Cada vez más cerca del paredón caído desde las alturas del Cilindro, proseguimos por un sendero de piedra y encaramos un minúsculo trepe, sin dificultad alguna, que nos traslada a un punto situado sobre el Pequeño Lago Helado (2.985 m), frente al cuello de Cilindro, bajo la cumbre homónima y con La Escupidera como rampa por superar hacia el Perdido tendida a nuestra derecha.

1.35 TERRAZA SOBRE PEQUEÑO LAGO HELADO (3.006 M)

Según observamos la bolsa de agua giramos a la derecha, transitando en franca pendiente por un sendero proyectado a través de una loma alzada sobre el nevero que reposa a la izquierda en la base de La Escupidera. El sendero como tal finaliza ante un montículo rocoso, sobre el cual nos elevamos para acceder desde a los senderos que se extienden por el canchal de la pala que conforma La Escupidera.

1.50 ENTRADA CANCHAL DE LA ESCUPIDERA (3.110 M)

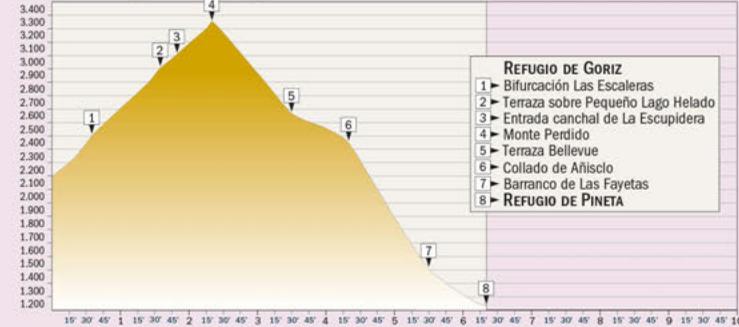
El derrubio por librar es de esos en los que cada paso adelante suele conllevar un resbalón y dos pasos atrás, así que es conveniente desacelerar el ritmo y fijar las extremidades inferiores con mayor rotundidad que la precedente.

De esta manera, pegándonos con la superficie que tan fácil se desprende, en paralelo a la



Derrubios entre Rabada y Terraza Bellevue.

ETAPA 3: Refugio de Goriz > Refugio de Pineta



cima de El Dedo del Perdido (3.188 m), que resta a nuestra izquierda, y bajo los torreones emancipados de la cima del Monte Perdido hacia occidente, concluimos el conjunto de giros sobre La Escupidera para hacernos con su sector superior.

2.15 ALTO DE LA ESCUPIDERA (3.301 M)

Con la lengua fuera, los glaciares de Monte Perdido a los pies, el altiplano de Marboré más abajo, el valle de Pineta en la perspectiva y, en general, un arrollador panorama visual de la cordillera, acometemos los escasos restantes metros que nos distancian del vértice enclavado en lo más alto del Monte Perdido. Operación sencilla que tan sólo conlleva auparse sobre el cúmulo de piedras y nieve que le concede forma.

2.20 MONTE PERDIDO (3.355 M)

Damos la espalda al vértice de la tercera cumbre más alta de la cordillera pirenaica y enfocamos el descenso hacia el valle de Pineta, por el sendero pedregoso, o en su defecto, por encima de la capa de nieve que cubra la llamada cresta nororiental de Monte Perdido.

Nos separamos unos metros del filo del abismo que cae a la hondonada en la que se emplaza

el lago de Ramond, evitando vértigos y posibles resbalones en caso de heladas, para ir descendiendo tranquilamente. A través de esta arista pasamos por encima del cuello de Monte Perdido y continuamos adelante, para desmontarnos de este brazo rocoso realizando una serie de giros sucesivos a izquierda y derecha al encuentro de los pasos más sencillos y seguros. El destino final de este proceso está a la vista en todo momento, es la terraza emplazada entre la base de la arista occidental del Pico Rabadá y la propia cresta nororiental por la cual descendemos, de tal manera que la tarea se simplifica mucho. Si el terreno carece de neveros es más sencillo que con estos, aunque en todo caso no reviste maniobras de mayor complejidad, dado que es un terreno de carácter escalonado.

3.00 COLLADO ENTRE RABADÁ Y CRESTA NORORIENTAL (2.970 M)

Desde aquí bajamos en línea recta a través de una serie de gradas rocosas guiados por los distintos cairns existentes, tras los cuales viramos primero hacia la derecha y después atravesamos la pedriza inferior de la izquierda, pasando por una planicie con superficie de pedrera sobre las hileras de agua que caen

hacia el área de la Punta Passet: una estilada punta rocosa separada de la fachada rocosa a modo de "gendarme".

Un par de centenas de metros por delante, siempre en paralelo a las paredes de los picos Rabadá y Navarro, también conocidos conjuntamente como Picos Baudrimont, llegamos ante un gran cairn cuyas piedras se apilan sobre una balconada desde la que se disfruta de una generosa vista de la totalidad del valle de Pineta.

3.30 TERRAZA BELLEVUE (2.675 M)

Descendemos unos pocos metros a la derecha del gran cairn que señala lo más alto de la Terraza Bellevue, para inmediatamente corregir la dirección y girar a la izquierda entrando hacia el corte de un risco, abocados al salto de

éste torcemos a la izquierda por una comisa herbada. Unos pocos metros adelante hallamos un corredor de una veintena de metros, por el cual descendemos cuidadosamente hacia el canchal extendido por delante y que cubre gran parte de la ladera.

Una vez a pie del derrubio evitamos perder un metro más de altura y lo afrontamos por la derecha, intentando ganar algo de altura o por lo menos manteniendo la que poseemos. Todo ello con la idea de enlazar de la forma más directa con el sendero que se atisba en el extremo opuesto del canchal, donde este finaliza su extensión.

4.00 FINAL DE CANCHAL (2.560 M)

Comunicamos con el sendero abierto entre la pedriza y subimos unos metros hasta que se



El altiplano de Marbore con el lago y el Pico Pineta, visto desde Monte Perdido.

desdobla, para tomar el de la izquierda y terminar por confluír un poco más adelante con el GR-11, al que nos unimos por la izquierda. Así, marchamos hasta el cercano collado de los Maquis, desde donde ya obtenemos una preciosa vista del colosal cañón de Añisclo.

Entre este collado y el posterior de Añisclo se interpone una loma que libramos por el sendero de la derecha, absteniéndonos de subirla para bajarla a continuación y llegando al segundo de los collados.

4.20 COLLADO DE AÑISCLO (2.453 M)

Desde aquí y, en todo momento, a través del GR-11, vamos a descender hasta los llanos del valle de Pineta. Siendo una prolongación del descenso ya efectuado hasta ahora y que en su totalidad resulta rompedor para las piernas. Por tanto, iniciamos el descenso con pronunciados giros del sendero por un área rocosa, realizando después una pequeña subida tras la que reanudamos el sentido descendente.

Cuando abandonamos el espacio solamente pétreo y alternamos los primeros prados con la roca, el sendero nos escora hacia el sector de la izquierda de la ladera. Más abajo comienzan a aparecer los primeros abetos y confluimos con el sendero destinado por la izquierda hacia la Faja Tormosa, continuando por el GR-11 en dirección contraria.

5.00 CRUCE SENDERO FAJA TORMOSA (1.890 M)

Seguimos el serpenteante camino nos introducimos en una lengua boscosa, tras la cual iniciamos un trayecto hacia la parte derecha de la escarpada ladera. Cruzamos arroyos, entramos y salimos del bosque y descendemos por un pasaje de roca escalonada.



El arco montañoso del circo de Pineta visto desde Terraza Bellevue.

5.30 BARRANCO DE LAS FAYETAS (1.510 M)

Surcamos un denso hayedo y atravesamos las cascadas del barranco de Las Fayetas, para pasar a una senda forestal de mayor anchura. Finalmente llegamos a la parte inferior del valle de Pineta, dejando a la izquierda el GR-11 y siguiendo rectos tras un letrero indicativo que anuncia el refugio de Pineta.

6.15 BIFURCACIÓN AL REFUGIO DE PINETA (1.245 M)

Avanzamos una treintena de metros por un camino de piedras balizado con franjas amarillas, a través de un pinar que permite la visión a la izquierda de un verde prado y de un fondo de película: el circo de Pineta.

Seguimos, tras la baliza amarilla y algunos cairns, las indicaciones para llegar al refugio de Pineta. Aunque de por medio hallamos el obstáculo del curso del río Cinca. En caso de que lleve agua suficiente toca mojarse, aunque sin llegar a zambullirse en sus refrescantes aguas.

6.20 REFUGIO DE RONATIZA O PINETA (1.240 M)